

CIUDADANIA

Hay una porción de hombres en la sociedad cuyos derechos están casi olvidados porque jamás se presentan entre la multitud, al paso que su interés por las producciones del suelo asegura sus deberes, y las fatigas a que se consagran para mejorarlo recomiendan sus derechos. Hablo de los labradores y gente de campaña que por ningún título deben ser excluidos de las funciones civiles, y mucho menos del rango de ciudadanos si por otra parte no se han hecho indignos de este título. Yo no puedo menos de declamar contra la injusticia con que hasta aquí se ha obrado en todos los actos públicos, sin contar jamás con los habitantes de la campaña como se vé en el *reglamento que da forma a la asamblea*, donde entre otros vicios enormes tiene el de seguir esa rutina de injusticia, sin dar un paso a la reforma. ¿En qué clase se considera a los labradores? ¿Son acaso extranjeros o enemigos de la patria, para que se les prive del derecho de sufragio? Jamás seremos libres, si nuestras instituciones no son justas.

Yo quiero antes de concluir este artículo hacer otras observaciones generales, ya que los estrechos límites de este periódico no permiten entrar en discusiones prolijas. La clasificación de ciudadanos debe proceder a la apertura de la asamblea: su legalidad y acierto pende del concurso exclusivo de los que deban tener

aquel carácter: el gobierno y el cuerpo municipal son responsables sino contribuyen a vencer las dificultades de este paso.

Todos los que no tengan derecho a ser ciudadanos deben dividirse en dos clases: extranjeros y simples domiciliados. Aquellos son los que no han nacido en el territorio de las provincias unidas: estos los originarios de ellas que por su estado civil o accidental están excluidos del rango de ciudadanos. Unos y otros deben ser considerados como hombres: su derecho es igual a los oficios de humanidad, aunque no gocen de las distinciones que dispensa la patria a sus hijos predilectos.

El extranjero y el simple domiciliado deben ser admitidos al goce de los derechos de ciudadanía, cuando un heroísmo señalado los distinga: todo el que salve la patria de una conjuración interior, la defienda en las acciones de guerra contra los agresores de la LIBERTAD o haga un sacrificio notable en cualquier género por el bien de la constitución será acreedor a las prerrogativas del ciudadano.

Por rigor de justicia todo el que sea ciudadano tiene derecho de sufragio: la privación de este derecho es un acto de violencia, un paso al despotismo y una injusticia notoria. Este concurso de sufragios es peligroso, ofrece mil dificultades; así claman muchos que desean el acierto: yo permito que así sea, pero aun en ese caso debemos consultar los medios de no eludir un derecho sagrado a pretexto de las circunstancias. Dividanse los ciudadanos en dos clases, de las cuales la primera goce de sufragio personal y la segunda de un sufragio representativo. Todo el que no tenga propiedad, usufructo o renta pública, gozará sólo de sufragio representativo, el de los demás será personal. El sufragio representativo es el que da una o más personas por medio de sus representantes electos confor-

me a la ley: el personal es el que da cada uno por su propio individuo en todo acto civil electivo.

Si en alguno de estos casos reclama el interés privado la inquisición de un hecho conducente a clasificar el estado de una persona, podrá el ayuntamiento nombrar un regidor que en consorcio de dos hombres buenos, electos por el interesado, conozcan sin figura de juicio del objeto que se ventile.

El cabildo debe ordenar la lista cívica y pasarla luego al gobierno provisional: la primera asamblea debe darle la última sanción para que se registre en los libros de la ciudad o cantón a que corresponda.

El ayuntamiento debe dar comisión a los alcaldes pedáneos de los partidos sujetos a esta intendencia, para que en sus respectivas parroquias o cabezas de partido procedan acompañados de los hombres buenos a formar la lista cívica de su departamento según las reglas que se dictaren y verificado dar cuenta al ayuntamiento con la formalidad que corresponde, para que este la dé al gobierno.

No hay una razón para que teniendo derecho a las preeminencias de ciudadanía, los habitantes de la campaña, no sean admitidos proporcionalmente a la asamblea: sus costumbres menos corrompidas que las nuestras y su razón quizá más libre de la influencia del interés, aseguren un éxito feliz en sus deliberaciones. Si el gobierno no reforma en esta parte su reglamento de 19 de febrero, comete un atentado contra los inviolables derechos de la porción más recomendable de nuestra población: privarla de esta prerrogativa será un crimen, aun en los que autoricen con su silencio tan enorme insulto contra los derechos del hombre.

Quizá mis observaciones envuelven otros tantos errores: ojalá los vea comprometidos con suceso: mi objeto es que se descubra la verdad, por cualquier medio: yo sería feliz si la encontrase, pero mi placer será igual

cuando otro obre con más acierto que yo. Conciudadanos: busquemos de acuerdo la verdad y estrechémonos con los vínculos de la fraternidad: dejemos ya de predicar máximas y prediquemos ejemplos: formemos un solo corazón por la unidad de sentimientos, entonces veremos a los tiranos llorar como unos niños y temblar como los reos a quienes un juez terrible acaba de intimar la sentencia de su muerte.

(Id. Febrero 28 de 1812.)

CONTINUAN LAS OBSERVACIONES DIDACTICAS

Entre el hombre y la ley, entre la majestad y el ciudadano, entre la constitución y el pueblo hay un pacto recíproco por el cual se obligan todos a conservarse y sostenerse en los precisos límites que les designó la necesidad al tiempo de la convención. Su mutua felicidad consiste en no aspirar cada uno a más de lo que debe, ni dejar impune la usurpación de lo que reclama el justo interés de un poseedor inviolable. Nadie me preguntará después de esto cuáles son los medios de hacerse el hombre feliz en la sociedad de sus semejantes, por que esto sería lo mismo que preguntar cuáles son los principios del pacto social. Todo ciudadano que obedece a la ley es libre y en resultado de este principio se infiere, que sus mismos deberes son los medios para llenar el voto de un ser independiente. Yo debo entrar en el ensayo de esta materia, supuesto que he dado una idea aunque inexacta de las más augustas prerrogativas del hombre y para determinar sus relaciones basta fijar un principio: así como de los derechos del hombre nacen las obligaciones de la sociedad para con él, del mismo modo los derechos de la sociedad expresan los deberes que ligan a los miembros que la componen. Sería desde luego una contradicción el suponer que pueda la sociedad

quebrantar sus deberes: ella recibe su forma del voto general, la ley es su propia imagen y esta no puede llamarse tal, sino en cuanto consulta los derechos particulares cuya suma compone el interés público de la asociación. Sin duda delira en vez de filosofar el que aturdido por los clamores de un desgraciado que gime en la opresión, juzga que la sociedad haya violado el primero de sus deberes: su voluntad siempre justa e inviolable, jamás debe confundirse con la violencia de las pasiones o la extravagancia de los caprichos que impulsan muchas veces a un ministro pérfido a la ley e infiel al voto general: el espíritu del magistrado no siempre es conforme al de la constitución y cuando él abusa de sus leyes atropellando al mismo que concurrió a dictarlas, es un miembro solo el que delinque y no la asociación.

Si acaso no me engaño yo creo que era forzosa esta digresión antes de analizar los derechos de la comunidad, es decir los deberes relativos del hombre fuera de su independencia natural. A su cumplimiento está esencialmente ligada la felicidad que anhelamos y es un nuevo deber el imponerse a fondo de los primeros. Me será difícil prescindir de los mismos principios que he sentado, pero su mutuo enlace excusará la repetición. El primer derecho del pueblo, comunidad, asociación o llámese como quiera, es el de su propia seguridad y conservación; y es forzoso que así sea, una vez que el principal objeto que se proponen los hombres cuando abandonan las ventajas del estado de la naturaleza, es ponerse a cubierto de las necesidades y peligros que amenazan su existencia en la privación de recursos consiguiente a un ser aislado en el círculo de sí mismo. Nadie tiene derecho a existir, pero todo lo que ya existe lo tiene a conservarse. Yo sé que esta teoría de principios poco prueba, si antes de aplicarlos no se demuestra lo mismo que se supone. ¿Existe entre

recp.
82.

nosotros un principio de obligación capaz de producir los efectos del pacto social? No toda agregación de hombres puede llamarse sociedad, y no me atrevo a decidir, si un pueblo congregado por la fuerza, educado en la esclavitud, y que apenas empieza a sacudir la tiranía pueda creerse sujeto a aquellos principios. Si yo reuno cuatro esclavos con la pistola en la mano y los obligo a vivir según mi voluntad y no la suya, sería un error decir que tienen entre sí una convención social. Pues no será menos absurdo suponerla entre nosotros. La América hasta el siglo XV vivía es verdad bajo un pacto expreso social, cuyas bases había sentido y conservaba por su libre voluntad: la ocupación de sus límites por las armas europeas rompió ese vínculo sagrado y desde entonces los pueblos no tenían voluntad propia o por decirlo mejor, no podía obrar según ella. Una serie de siglos demasiado funestos para la humanidad borró de la memoria de nuestros mayores, aun la idea de sus primitivas convenciones. Así hemos vivido hasta que por un sacudimiento extraordinario que más ha sido obra de las circunstancias que de un plan meditado de ideas, hemos quedado en disposición de renovar el pacto social, dictando a nuestro arbitrio las condiciones que sean conformes a nuestra existencia, conservación y prosperidad.

Si la esclavitud difiere tanto de la sociedad como la violencia de la LIBERTAD, si nuestro estado apenas puede igualarse al de un ser débil y sin recursos que sólo se considera en tregua con la tiranía, mientras no tenga el derecho de la fuerza; si carecemos de instituciones y todos nuestros pactos son precarios, si los pueblos no han manifestado su voluntad acerca de otro objeto que el de existir y existir independientes; creo por consiguiente que todos nuestros deberes hacia la sociedad que componemos no pueden exceder aquellos términos. Hablaré según estos principios sin prescindir

de los que derivan de ellos. Resignada la voluntad de cada uno en la voluntad general por razones de interés y conveniencia, nuestro primer deber y el más seguro medio de consultarla, es cuidar la existencia pública: la prosperidad y todas las demás ventajas son como unos accidentes políticos que suponen un ser ya organizado. Sin embargo, de aquel solo elemento se forman mil combinaciones que después presentan sobre la escena del mundo al ciudadano virtuoso, al héroe de la LIBERTAD, al sacerdote de la patria predicando al egoísta y esforzando al tímido secuaz del pabellón santo de la ley. Pero yo no quiero generalizar tanto mis ideas en precaución de su mismo desorden y para determinarlas, la brevedad es un obstáculo.

He dicho que todas las facultades del hombre tienen por objeto la existencia pública y no me engaño: la vida, la salud, el vigor de la organización, la fuerza del espíritu, la complexión del sentimiento, los dones de la naturaleza y las gracias de la fortuna, son otros tantos sacrificios que la sociedad exige de cada uno, luego que un conflicto común, un riesgo eminente o una próxima disociación la amenazan o agitan. Nada hay reservado en tan difíciles circunstancias y así como todo cede a la conservación del individuo que es su ley suprema, con mayor razón hallándose en peligro esa gran máquina bajo cuyas ruinas quedarían todos oprimidos en el instante que se desplomase. Pero poco importaría salvarla en los peligros, para abandonarla después. La sumisión a las leyes, el respeto y no el temor a los magistrados, el celo por el orden público y no el amor a esa calma precursora de la esclavitud, la vigilancia en preservar de la opresión al más impotente y débil, sin que la autoridad misma pueda ser la salvaguardia del más fuerte, algo más un odio siempre hostil contra todos los enemigos de la salud universal y una alarma obstinada contra los agresores de la

existencia pública, todo esto forma parte de nuestros deberes respecto a la sociedad que empezamos a renovar. Pero aquel que abriga proyectos de ambición y aprecia en más la suerte de sus intereses que la pública, que consulta con preferencia el suceso de sus pasiones antes que el éxito de la voluntad universal, se halla en un formal estado de guerra y agresión contra la comunidad: de consiguiente, uno de nuestros deberes es exterminar esa raza y cortar esos miembros cuya infección podría comunicarse al todo. ¡Desgraciada necesidad! En fin si es posible reducir a un solo principio todas nuestras obligaciones, yo diré que la principal es emplear el tiempo en obras y no en discursos. El corazón del pueblo se encallece al oír repetir máximas, voces y preceptos que jamás pasan de meras teorías y que no tienen apoyo en la conducta misma de los funcionarios públicos. Energía, energía clama el entusiasta en sus transportes, cesen las divisiones dice el buen ciudadano en su retiro, los pueblos ya son libres grita otro que no escucha sino el sonido de las voces, y entretanto la languidez paraliza todos los recursos, el espíritu de facción pone trabas al espíritu público y por un sistema misterioso se nivela un reglamento de opresión y se dictan otras medidas autorizadas por este principio, «es preciso acomodarse a las circunstancias». No es éste el modo de cumplir nuestros deberes con respecto a la sociedad: ciudadanos: no hay medio entre la pronta reforma de estos males y el precipicio de nuestra existencia.

(Id. Marzo 6 de 1812.)

PARENTESIS A LAS OBSERVACIONES DIDACTICAS

El estado actual de los acontecimientos y acaso mi propia complexión dispuesta más bien a meditaciones sombrías que a discursos enérgicos, me ha estimulado en estas últimas noches a sepultarme en el silencio de mi alma, variar el plan de mis ideas, concebir nuevos proyectos, poner un paréntesis a mis observaciones y buscar en la historia de lo pasado las reglas menos equívocas, los principios más seguros y las máximas eternas que fijan la suerte de los imperios y descubren en la ruina de los que preceden las causas del esplendor o desolación de los venideros. Me he preguntado muchas veces poseído de diferentes afectos ¿cuál será la suerte de mi patria? ¿Quién será el que enarbole el pabellón de su LIBERTAD? ¿O si habrá nacido ya quizá el tirano que ha de volver a oprimirla? ¡Ojalá pudiera sofocarle en su propia cuna, si aun no existe, o sorprenderle en el lecho y presentar al pueblo en trofeo mis manos ensangrentadas, para encender más el furor santo de los que suspiran por ser libres! Pero todo deseo atormenta cuando es químérico y no es este el objeto que me he propuesto: recordar las principales épocas de nuestra revolución, analizar la verdadera tendencia de nuestros gobiernos anteriores, dar una idea osada de lo que actualmente

somos y de lo que seremos en breve bajo el mismo sistema, rasgar el velo que oculta al pueblo sus enfermedades y cuando no pueda persuadirle mis ideas, hacerle temer al menos el progreso de sus errores, estos son los motivos que me determinan a suspender el curso de mis principales reflexiones.

¿Pero, qué método seguiré y en qué lenguaje hablaré para obrar con más acierto? Jamás he creído agradar a todos, sería esto una locura: tampoco he dudado que agradaré a algunos y no es extraño. Escriba con belleza o con desaire, pronuncie errores o sentencias, declame con celo o con furor, hable con franqueza o con parcialidad, sé que mi intención será siempre un problema para unos, mi conducta un escándalo para otros y mis esfuerzos una prueba de heroísmo en el concepto de algunos: me importa todo muy poco y lo me olvidaré lo que decía Sócrates: «los que sirven a la patria, deben creerse felices, si antes de elevarles estatuas, no les levanten cadalsos»; también sé que es imposible hablar de un modo análogo al carácter de todos: el vulgo muchas veces entiende lo que el filósofo no alcanza, otras sólo comprende el sabio lo que es un misterio para el ignorante y el concepto sencillo de un escritor suele ser la materia de eternas disputas entre los comentadores: no hay remedio: esta será siempre la suerte del espíritu humano y quizá resulta de este principio el equilibrio de las fuerzas morales. Sea de esto lo que fuere, yo me determino a entrar en materia.

Siglos ha que calculaban los mejores políticos la revolución general de las colonias españolas y el trastorno de su metrópoli: los acontecimientos del mundo conocido especialmente desde la mitad del siglo XVIII, eran un presagio cierto de esas época suspirada por todas las almas sensibles. Debíó llegar y llegó luego que Fernando VII fué proclamado último rey en la

dinastía de los borbones. ¡Desgraciado príncipe! El vino a pagar los crímenes de sus ascendientes y sus contrastes pusieron en nuestra mano la llave del destino a que éramos llamados: como a hombre yo le compadezco y su inocencia me entenece: pero como a rey... ¡Ojalá no quedara uno sobre la tierra y se borrara aun la memoria de lo que significa esta voz! En fin, la revolución empezó en varios puntos de nuestro continente y si esta capital hubiera anticipado sus movimientos para auxiliar los del interior, los obstáculos hubiesen sido menos tenaces. Se instaló el 25 de mayo de 1810 la primera junta de gobierno: ella pudo haber sido más feliz en sus designios, si la madurez hubiese equilibrado el ardor de uno de sus principales corifeos y si en vez de un plan de conquista se hubiese adoptado un sistema político de conciliación con las provincias. En mi concepto sólo la expedición del Perú pudo graduarse como justa, porque al fin aquellos pueblos habían manifestado ya su voluntad, se sabía que estaban oprimidos por las armas de dos tiranos y que deseaban ser independientes: era justo, era necesario el auxiliarlos. Pero el Paraguay hizo en mi opinión la resistencia que debió y ha acreditado hasta el fin que conoce su dignidad: él quiere vivir confederado y no sujeto a un pueblo cuyos derechos son iguales. Montevideo pudo haberse ganado al principio sin violencia, se creyó que no era lo más interesante y perdida la primera oportunidad, después ha sido y es un deber por nuestra propia conservación, no el subyugarle, sino el libertarle a sangre y fuego de sus opresores. Por otra parte se cometió también un error, el más perjudicial, fomentando la opinión absurda, de que el derecho a la LIBERTAD lo da el suelo y no la naturaleza ¿por qué, qué otra cosa ha resultado de esa funesta rivalidad radicada entre españoles y americanos, sino el que crean estos que aquellos no son dignos de

ser libres y que sólo tienen este derecho los que han nacido en América? ¿Cuánto mejor hubiera sido persuadir a los españoles que su interés es igual al nuestro y que cuando se trata de restituir al hombre sus derechos, no debe excluirse a ninguna sea cual fuere su procedencia y origen? ¿Han sido ellos acaso menos esclavos que nosotros? Se me dirá que obtenían los empleos. ¿Pero el que es ministro de la voluntad de un tirano deja por ventura de ser esclavo? Españoles no lo dudéis: vosotros habéis tenido parte en la esclavitud y debéis tenerla en el destino a que somos llamados, vosotros... pero ya es inútil toda reflexión: sólo por un gran suceso de nuestras armas u otro extraordinario acaecimiento se reconciliarán con nosotros los que al fin, al fin serán lo que seamos, o dejarán de ser: el tiempo lo dirá y el estado de la Europa lo anuncia.

Tampoco es dudable volviendo a mi propósito que la tendencia del primer gobierno provisional era al despotismo: si su objeto fué libertar a los pueblos y restituirles la posesión íntegra de sus derechos, ¿por qué se les obligó precisamente a reconocer a la Junta, reconocimiento que habían de practicar mal de su grado, pues veían encima las bayonetas? Sé que lo sumo que se permitía por un capítulo de las instrucciones reservadas, era dejar que se instalasen juntas provinciales en los pueblos que las pidiesen; pero como esta no era sino una gracia reservada, ninguno pudo usar de ella. Nadie me responda, las circunstancias no permitían otra cosa, los pueblos son ignorantes, respuesta favorita de los tiranos: este mismo lenguaje usaba Goyeneche en sus primeras contestaciones con el jefe de la expedición auxiliadora, «los pueblos son ignorantes; unamos nuestras fuerzas y haremos de ellos lo que nos parezca» (1). Contentaos con tener pan y circenses,

(1) Carta de 1. de mayo, escrita en el Desaguadero, que aún puede verse original.

decía un dictador a los romanos, las circunstancias no permiten otra cosa: tratemos a los americanos como a bestias de albarda, gritaba la corte de España, ellos son bastante estúpidos para sufrirlo todo por amor de Dios: proscribamos y arruinemos a los buenos ciudadanos, han dicho algunos de nuestros gobernantes pasados: las circunstancias no permiten otra cosa: nombren los pueblos un apoderado para la asamblea general y tenga esta capital 100 o más diputados dice el actual gobierno en su reglamento: las circunstancias no permiten otra cosa: sigamos con la máscara de Fernando VII, dicen algunos: las circunstancias no permiten otra cosa; ¡oh circunstancias, cuando dejaréis de ser el pretexto de tantos males!; pero yo me he desviado del orden que debo seguir.

Casi es inútil examinar si mejoró la constitución de los pueblos el gobierno de los diputados incorporados a la primera junta provisional: él siguió el mismo plan que ésta: y aún lo empeoró notablemente: así es que no se ve un solo decreto liberal o una providencia capaz de dar cuerpo a esa LIBERTAD proclamada desde el principio. De aquí resultaba que los pueblos no veían salir jamás su felicidad de meras esperanzas, mucho más cuando comparaban su suerte con las promesas de los papeles públicos: en una palabra toda la LIBERTAD estaba reducida a esperar y desear cuanto quisiesen, mas no a obtener lo que deseaban. La justicia exige confesar que el gobierno actual ha dado algunos pasos más ventajosos que los anteriores: la libertad de imprenta, el decreto de seguridad individual, la supresión de la audiencia, la convocación de una asamblea, todas estas son medidas que preparan los pueblos a la LIBERTAD. Sin embargo, él ha dictado y dicta reglamentos como si fuera un soberano, usa del poder legislativo en toda su extensión, al mismo tiempo que ejerce el ejecutivo, circunstancia que basta para graduarle tirá-

nico. A más de esto él sujeta en cierto modo a sus juicios la asamblea general, circunscribe sus decisiones a los términos de su voluntad, y forma un cuerpo en la apariencia superior al gobierno y en la realidad inferior a él. ¿Cuál es el origen de todo esto? El objeto del gobierno es justo y su intención no dista de los votos del pueblo: la causa del mal debe ser anterior a estos efectos: yo creo que la descubro, cuando afirmo que la revolución se empezó sin plan y se ha continuado sin sistema: la conducta lenta y tímida del gobierno y la indiferencia de los pueblos han sido el resultado de aquel error: el gobierno unas veces ha obrado como soberano, otras como esclavo: los pueblos unas veces se han mostrado como unos héroes, otras como unos imbéciles: nuestra conducta tan presto excitaba la admiración como el desprecio: ya parecía que llegábamos al término de nuestros deseos y por el menor revés volvíamos a la indolencia y al abatimiento: la inconstancia de la fortuna parece que era el plan de nuestras operaciones y la norma de nuestros sentimientos. Intrépidos al principio por un espíritu de novedad, enérgicos mientras duraba la impresión de un suceso feliz, entusiastas cuando esperábamos proclamar la LIBERTAD; pero tímidos en la desgracia, pusilánimes en los peligros y justamente desconfiados al ver la tardanza de nuestros deseos, hemos llegado por grados a un estado que no nos conocemos, a un estado que dificulta nuestros recursos, a un estado en que la languidez parece una enfermedad epidémica, a un estado en que ya no sentimos el peso de nuestros males, a un estado por último en que miramos la indolencia como un asilo. Pueblos, despertad: ciudadanos sacudid el sopor que os entorpece: y vosotros, enemigos de la patria, temblad, porque cuando un pueblo en medio de sus desgracias se muestra insensible, al paso que en su corazón se devora, es como un volcán

ardiente que está muy próximo a reventar: llegará un momento en que los peligros le enfurezcan y la experiencia de sus males le haga obrar con una rápida energía. Todas las pasiones tienen término y en su mayor actividad dan tregua al corazón que las siente: también duerme el león algunas veces, pero su sueño no es sino el alimento de la ferocidad que despliega cuando despierta. Yo creo que el destino nos llama y que ha de volver en breve el turno de nuestra energía: por si acaso sucede lo que deseo, continuaré en el número siguiente mis observaciones, aplicándolas a las circunstancias y anunciaré mi opinión acerca de los medios que me ocurren para salvar la patria: estoy obligado a decir lo que siento, pero nadie puede obligarme a acertar en lo que digo.

(Id. Marzo 28 de 1812.)